

## Santa Laura Montoya

Es una gracia celebrar los 70 años del nacimiento de la Madre Laura para el cielo, en el clima amazónico de nuestro Sínodo eclesial.

A cada Santo, en la Iglesia, se le dedica un trozo del Santo Evangelio para mirar desde él, cómo en una vida concreta la palabra se hace carne y permite volver a sentir, ver y escuchar a Jesús que toma los pies, las manos, los ojos, los oídos, los labios y sobre todo el corazón de una persona para hacer presente la alegría del Evangelio.

Hoy, San Mateo nos sorprende porque Jesús se maravilla: “Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos y las has revelado a la gente sencilla. Gracias, Padre, así te ha parecido bien”. Se maravilla porque su propuesta viene acogida por los pobres, los pecadores, los descartados.

“El Padre ha puesto todas las cosas en mis manos”.

Los pequeños que encontró Madre Laura en nuestro territorio eran los más olvidados y descuidados y descubrió que estaban dispuestos a seguir a Jesús. Ella comprendió que Dios no está encerrado en los límites religiosos: Dios está afuera y habla por doquier a todos. La persona siempre será un ser capaz de acoger a Dios.

“Vengan a mí todos los que están fatigados y agobiados por la carga y yo los aliviaré”. La Madre Laura, que fue incansable por tierra y agua en nuestro territorio, había intuido en su alma maternal que el Señor es un Dios vivo, que no es mudo, que busca ante todo el corazón, que es el centro de la vida, pues es el centro del amor. Solo el corazón ve con claridad. Para conocer a quienes se lleva el Evangelio, primero hay que amarlos, así como para conocer a Jesús es preciso amarlo. Él nos ha amado primero. Ha sido libre como el viento, sencillo y transparente como la luz. Por eso Madre Laura comprendió la “sed” de Jesús que llama diciendo: “aprendan de mí, de mi manera de amar y encontrarán descanso, porque encontrarán la verdad que los hace libres”.

Pero podemos preguntarnos, ¿Qué promete Jesús? “Tomen mi yugo sobre ustedes y aprendan de mí que soy manso y humilde de corazón... porque mi yugo es suave y mi carga ligera”. Jesús sabe que la vida coloca en las espaldas de los más pequeños y abandonados un peso injusto: la violencia, la indiferencia, el desprecio, el olvido. Qué secreto tan precioso para Madre Laura. Porque Jesús promete sustituir ese yugo por el suyo, que es “la relación”. Los pequeños no deben ser dejados solos. Por eso esta mujer extraordinaria no se cansó de caminar junto a los pequeños y arrastró tras sí una estela de mujeres que comprendieron su carisma. El yugo une en el trabajo y en el caminar juntos para dar frutos, en arar y en compartir el peso de Jesús.

Solo así, podremos incidir como Madre Laura en el mundo y en especial en la Amazonía, unidos a Jesús como ella, en especial ahora en el misterio eucarístico que celebramos, porque Jesús acepta ocupar el otro lado del yugo, para que sea más descansado llevarlo. Y si hacemos lo mismo con los hermanos que cargan un yugo pesado de sufrimiento, su fatiga disminuye.

La caridad y la justicia brotan donde aceptamos cargar el yugo de Jesús. Ese es el camino para mantener viva la obra de esta Santa colombiana.

Pidamos al Señor por las súplicas de ella, la valentía de poner en juego nuestros talentos y energías, así sean pequeños y frágiles, no para construirnos pedestales, sino para ser como el Maestro, personas que, con la fuerza de la Eucaristía, nos ponemos de rodillas para lavar los pies de los cansados.

Homilía de Mons. Oscar Urbina Ortega  
Roma, octubre 21 de 2019